

pero, libremente, y se le volvieron á reunir cuando se aplacó el temporal. Dejando el canal de Saona, alcanzaron el 24 de setiembre el extremo oriental de Española, á que dió Colon nombre de cabo de San Rafael, hoy conocido con el del Engaño. De allí salieron para Sud-Este, tocando á la isla de Mona, ó como le llaman los indios Amona, situada entre Puerto Rico y Española. Creía el Almirante, á pesar de la mala condicion de los buques, seguir hácia el Oriente y continuar el descubrimiento de las islas caribes; pero su fuerza física no correspondía á los bríos de su elevado ánimo. Las extraordinarias fatigas que de cuerpo y espíritu padeciera durante un penoso y difícil viaje de cinco meses, habian debilitado, lentamente su salud. Participaba de los trabajos y privaciones hasta del último marinero; vivía limitado á la misma racion, y espuesto á la misma intemperie, y tenía ademas otros cuidados de que la gente comun estaba exenta. Cuando el marinero cansado de los trabajos de su guardia dormía profundamente al silbar espantoso, de los vientos, el inquieto comandante mantenía su pereenne vigilia una y otra noche, sufriendo el azote de la tempestad y la humedad de las ondas. La seguridad del buque dependia de su desvelo y ademas se acordaba de que una nacion, un mundo entero, esperaban con impaciencia el resultado de su empresa. En casi todo aquel viaje le habia estimulado la constante esperanza de llegar sin demora á las regiones conocidas de la India, y de volver triunfante á Europa por los países del Oriente, despues de circunnavegar el globo. Cuando perdió esta gloriosa perspectiva, escitaba todavía su mente un conflicto de interminables trabajos y peligros al retroceder en su rumbo contra tormentas, vientos y barras. Desde el momento en que se vió libre de todo cuidado en un mar pacífico y conocido, cesó repentinamente el estímulo y cuerpo y espíritu cayeron agobiados por el peso de aquellos esfuerzos casi sobrenaturales. El mismo día en que salió de Mona, le acometió una enfermedad repentina que le privó de la memoria, de la vista, y de todas sus facultades. Quedó sumergido en un profundo letargo, parecido á la muerte. Los marineros, alarmados al ver aquel sopor creyeron que en efecto no estaba lejos su última hora. Renunciaron á proseguir el viaje; y las velas hinchadas por la brisa del Oriente, tan general en aquellas aguas, llevaron á Colon en estado de insensibilidad absoluta al puerto de Isabela.

LIBRO VIII.

CAPITULO PRIMERO.

LLEGADA DEL ALMIRANTE A ISABELA.— CARACTER DE BARTOLOMÉ COLON.

(Setiembre 4, 1494.)

La vista de la pequeña escuadra de Colon, anclada de nuevo en el puerto causó grande gozo á los habitantes de Isabela que aun le eran fieles. El mucho tiempo que habia trancurrido desde su salida en tan arriesgado viaje sin recibir noticias suyas, dió lugar á mas funestas conjeturas, y empezó á temerse que habria perecido, víctima de su ánimo emprendedor, en alguna remota parte de aquellas ignotas mares. Una grata sorpresa esperaba al Almirante á su llegada. Halló á la cabecera de su lecho á su hermano Bartolomé, el compañero de su juventud y el amigo de toda su confianza, de quien tantos años habia vivido ausente. Recuérdase que cuando salió el Almirante de Portugal, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para que manifestase los proyectos de su empresa á Enrique VII. No se conocen los pormenores de su solicitud á la córte de Inglaterra. Fernando Colon

dice, que su tío fue robado y hecho prisionero en este viaje por un corsario, quedando reducido á tal indigencia que tenia que trabajar mucho en hacer cartas ó mapas marítimos para poder subsistir, y que así se pasaron muchos años antes que presentase instancia alguna al monarca ingles. Las-Casas piensa que no fue inmediatamente á Inglaterra, deduciéndolo de una memoria que encontró escrita de su letra, de la cual se desprende que acompañó á Bartolomé Diaz en 1486 en su viaje por la costa de Africa al servicio del rey de Portugal, cuando el descubrimiento del cabo de Buera-Esperanza (1).

Es justo decir en honor de Enrique VII, que acogió la proposicion mas favorablemente que ningun otro soberano. Llegó á celebrar con Bartolomé un pacto para llevar á cabo la empresa, y Bartolomé partió para España en busca de su hermano. Al llegar á Paris recibió la fausta nueva de que el descubrimiento ya estaba hecho, de que su hermano habia vuelto en triunfo á España, y se hallaba en la córte, honrado por los reyes, acatado por la nobleza y victoreado por el pueblo.

La gloria de Colon reverberó en toda su familia, y Bartolomé pasó á ser desde luego un personaje de importancia. Quiso verlo el rey de Francia Carlos VIII, quien sabiendo que se hallaba escaso de medios, le mandó dar cien escudos para sufragar los gastos de su viaje á España. Llegó á Sevilla precisamente cuando su hermano acababa de emprender el segundo viaje; por lo que pasó á la córte, á la sazón en Valladolid, acompañado de sus dos sobrinos Diego y Fernando, que iban á ser pagés del príncipe Juan. Recibieronle los reyes con especial agrado, y sabiendo que era bellísimo marino, le confiaron el mando de tres buques cargados de provisiones para la colonia, para que fuese á auxiliar á su hermano en sus vastas empresas. Pero también llegó á Isabela demasiado tarde, pues el Almirante acababa de salir para la costa de Cuba.

La vista de este hermano sirvió de imponderable alivio á Colon, abrumado como se hallaba de atenciones, y rodeado no mas que de extraños. No habia tenido hasta entonces mas simpatía ni verdadero auxilio que el del otro hermano D. Diego, cuya disposición apacible y suave le hacia poco apto para los negocios de una turbulenta colonia. Bartolomé era de diverso carácter; pronto activo, de corazón impávido y resuelto, á sus determinaciones sucedia siempre una inmediata ejecución, que no cesaba delante de dificultades ni peligros. En su físico se reflejaba su alma; era alto, vigoroso, atlético, y con su sola presencia imponia su autoridad. Era tal vez, de-

(1) La memoria citada por Las-Casas (Hist. Ind., t. I, c. 7.) es curiosa, aunque no concluyente. Dice que la encontró en un libro viejo perteneciente á Cristóbal Colon, que contenia las obras de Pedro Aliaco, célebre geógrafo y astrónomo. Estaba escrita al margen de un tratado de la forma del globo, de letra de Bartolomé Colon, bien conocida por Las-Casas, que poseia muchas cartas suyas, y redactada en una mezcla de latin bárbara y español. Su significado era el siguiente:

En el año de 1488, en diciembre, llegó á Lisboa Bartolomé Diaz, capitán de tres carabelas que el rey de Portugal envió al descubrimiento de Guinea; y trajo noticias de que habia descubierto seiscentas leguas de territorio: 450 al Sur, y 150 al Norte, hasta un cabo llamado por él de Buena-Esperanza, hallando por el astrolabio, que estaba el cabo 450 mas allá de la línea equinoccial. Este cabo distaba 3,100 leguas de Lisboa; dieho capitán dice que apuntó legua por legua en una carta marítima presentada al rey de Portugal, en todo lo cual, añade el escritor, yo me hallé presente. Las-Casas duda si Bartolomé escribiera esta nota refiriéndose á sí mismo ó á su hermano; pero indiere de ella que uno ó ambos estuvieron en la expedicion. La deducion puede ser fundada con respecto á Bartolomé; pero no con respecto á Cristóbal quien se hallaba entonces en la córte de España.

Las-Casas explica la diferencia de datos entre la nota anterior y las crónicas del viaje; aquella pone la vuelta de Diaz en el año de 88; esta en el de 87. Semejante diferencia puede tener su origen en que algunos empiezan á contar el año despues de Navidad, y otros el primero de enero. La expedicion zarpó á fines de agosto de 86, y regresó á los 17 meses en diciembre de 87.

masiado brusco y severo, formando su carácter contraste con la dulzura estudiada con que templaba el Almirante su arrogancia habitual. Añádase que era de genio áspero, y que su sequedad y despego le atrajeran muchos enemigos. Apesar de estos defectos, mas bien aparentes que reales, era generoso y benévolo en su fondo, y no menos sensible que valiente.

Era perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del Almirante, á quien era casi igual en conocimientos científicos, y le excedia en el manejo de la pluma, segun Las-Casas, que tenia en su poder cartas y manuscritos de los dos. Sabia el latin; si bien parece que, como su hermano, debia mas bien sus conocimientos á su natural penetracion, asiduo estudio y propia experiencia, que á una educación esmerada. Tan vigoroso de ánimo como el descubridor, pero menos entusiasta y de imaginacion mas fria, le aventajaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, comprendia mejor sus intereses, y poseia en mas alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos ordinarios de la vida. Su genio no le hubiera impelido jamas á entrar en aquellas arriesgadas especulaciones á que se debió el descubrimiento de un mundo; pero su sagacidad práctica hubiera sabido sacar muchas ventajas de este descubrimiento. Tal es la pintura de Bartolomé Colon, como ha salido del pincel del venerable Las-Casas que le conocia personalmente. Este retrato está conforme con todas las acciones del original en la historia de su hermano, en cuyos sucesos tomó notable parte.

Para libertarse del peso de los negocios públicos que le abrumaban demasiado en su enfermedad, Colon confirió desde luego á Bartolomé la investidura de adelantado ó gobernador militar y político de la provincia, considerándose autorizado al efecto por los artículos del pacto con los soberanos. El rey Fernando, sin embargo, demasiado desconfiado, calificó este hecho de una usurpacion de poder y se manifestó ofendido. Amante tenaz de las prerogativas de la corona, creia que dignidades de tanta trascendencia debian conferirse solo por nombramiento real. Colon, empero, no habia dado aquel empleo obedeciendo meramente á una fraternal simpatía. Conocia cuánto le importaba el auxilio de su hermano en el estado crítico de la colonia, y que este auxilio seria ineficaz sin el sello de una autoridad superior. En efecto, en los pocos meses que duró su ausencia, habia sido la isla teatro de funestas discordias, debidas á la violacion de las reglas que él habia prescrito para mantener la tranquilidad pública. Una mirada retrospectiva hácia los negocios recientes de la colonia no será tal vez infructuosa para explicar el estado de desarajuste en que se hallaba, bastando al efecto exponer uno de los muchos casos en que tuvo Colon que recoger el fruto de las malas semillas sembradas por sus indignos y envidiosos rivales.

CAPITULO II.

MAL COMPORTAMIENTO DE DON PEDRO MARGARITE, Y SU SALIDA DE LA ISLA.

(1494.)

DEBE tenerse presente, que Colon antes de emprender su viaje, habia dado el mando de las tropas á don Pedro Margarite, con órdenes de ejecutar un paseo militar por la isla, que á la vez que *asombrase* á los naturales con la muestra de su poder guerrero, le proporcionase dar pruebas de su benevolencia por medio de un trato amistoso y equitativo.

La isla estaba entonces dividida en cinco señoríos gobernados por caciques soberanos, de absoluto y hereditario poder, de quienes numerosos caciques inferiores eran meros tributarios. El mas importante de estos estados comprendia el centro de la Vega

Real; país rico y delicioso, cultivado segun el imperfecto modo de los naturales, cubierto en parte de verdes selvas, esmaltado de ciudades indias, y regado por numerosos rios, que precipitándose casi todos por las fronteras occidentales de las montañas de Cibao, llevaban polvos de oro mezclados con sus arenas. El nombre del cacique era Guarionex, cuyos antepasados habian sido por espacio de muchos años los señores de la provincia.

El segundo estado, llamado Marien, estaba bajo el dominio de Guacanagarí, en cuya costa naufragó Colon en el primer viaje. Era un dilatado y fértil territorio estendido á lo largo de la costa del Norte, desde el cabo de San Nicolás á la estremidad occidental de la isla, limitado por el caudaloso rio Yagüí, despues llamado Monte-Christi. Incluía la parte del Norte de la Vega Real, nombrada posteriormente llanura del cabo Frances.

El tercero se llamaba Maguana, y le mandaba el cacique caribe Caonabo, el mas feroz y poderoso de los caudillos salvajes, y el mas encarnizado enemigo de los blancos. Las minas de oro de Cibao pertenecian á sus dominios.

El cuarto tomaba su nombre del grande lago de Jaragua, y era de todos el mas poblado y el de mayor estension. Comprendia la costa occidental, incluso el promontorio de cabo Tiburon, y se estendia considerablemente por la costa del Sur de la isla. Los habitantes tenian un físico interesante, un continente mas noble, una habla mas agradable, y un trato mas ameno y apacible que los naturales de otras partes de la isla. El soberano se llamaba Behechio: su hermana Anacaona, célebre en la isla por su belleza, era la favorita del vecino cacique Caonabo.

El quinto señorío era el de Higuey, y ocupaba toda la parte oriental de la isla, acabando en el Norte en el rio Yagüí; y en el Sur en el Ozema. Los habitantes eran los mas activos y marciales de la isla, habiendo aprendido á usar el arco y flechas de los caribes, que hacian frecuentes desembarcos en sus costas: decíase de ellos también que usaban armas envenenadas. Su valor, empero, no era mas que relativo, pues pronto se vió que sucumbia fácilmente delante de las armas europeas. Los mandaba un cacique llamado Cota-banama.

Hé aquí las cinco divisiones territoriales de la isla al tiempo del descubrimiento. No se sabe de fijo el número de sus gentes, llevado por algunos hasta un millon de almas, cálculo que parece exagerado. Sin embargo debió ser mas que suficiente en caso de hostilidad general para acabar con un puñado de europeos. Colon esperaba su seguridad ya del terror que inspiraban las armas y caballos de los españoles y la idea de su naturaleza sobre-humana, ya de las medidas que habia adoptado para granjearse la benevolencia de los indios, tratándolos con benignidad.

Margarite emprendió su expedicion con la mayor parte de las fuerzas, dejando á Alonso de Ojeda el mando del fuerte de Santo Tomás. Pero en vez de comenzarla explorando las fragosas montañas de Cibao, como debió hacerlo segun las instrucciones que habia recibido, descendió de motu propio á las llanuras voluptuosas de la Vega. Allí se detuvo por las populosas y hospitalarias villas indias, olvidado del objeto de su mision, y de las órdenes que le habia dado el Almirante. El gefe que falta á sus propios deberes y cede á los halagos de las pasiones, es poco idóneo para mantener la disciplina entre sus subordinados. Imitaban estos la sensualidad desenfrenada de Margarite, y no tardó el ejército en convertirse en una gavilla de libertinos inmundos. Los indios, por algun tiempo les suministraron provisiones con su acostumbrada hospitalidad; pero los cortos acopios de aquellos hombres parcos y frugales no podian dura mucho en poder de los españoles, pues uno solo de

estos, según afirmaban los indios, consumía más en veinte y cuatro horas de lo que bastaba á un indio para mantenerse todo el mes. Si los indios no les daban comestibles, ó si no se les daban en abundancia, se los arrebatában violentamente; sin querer recompensarles, ni aun apaciguar la irritación que con tales estorsiones les causaban. La codicia del oro dió también margen á mil actos de opresión é injusticia; pero con lo que más ultrajaron los españoles los sentimientos de los indios, fue con su licenciosa conducta respecto á las mujeres. En efecto, en vez del de huéspedes tomaron el tono de imperiosos dueños; en vez de ilustrados bienhechores, se convirtieron en sordidos y lascivos tiranos.

Los rumores de estos excesos, y del espíritu de reacción que despertaban en los indios, llegaron á D. Diego Colon. Con la anuencia del consejo escribió á Margarite, reconviniéndole por su conducta, y pidiéndole procediese á la ejecución de su paseo militar, según las órdenes del Almirante. El orgullo de Margarite se sublevó contra el contenido de este pliego, contestando que se consideraba independiente en su mando, y que no podía el consejo exigirle responsabilidad alguna por su conducta. Y siendo de una familia antigua y distinguida, y uno de los favoritos más mimados del rey, afectaba mirar con desprecio la nobleza de nuevo cuño de los Colonos. Sus cartas en contestación á las órdenes del presidente y consejo, estaban concebidas en términos que no revelaban más que un petulante orgullo y un profundo desden. Continuó con sus gentes acuartelado en la Vega y persistiendo en su sistema de ultrajes y vejaciones, altamente funesto á la tranquilidad de la isla.

Le apoyaban en su arrogante oposición á la autoridad los caballeros y aventureros de noble cuna que había en la colonia, profundamente heridos en el amor propio que es siempre en un español la pasión dominante. No podían olvidar ni perdonaban la justa severidad que ejerció con ellos el Almirante, cuando en tiempos difíciles los hizo someterse á las privaciones y participar del trabajo y sinsabores de las gentes de humilde esfera. Menos aun querían reconocer la autoridad de su hermano Diego, destituido de las recomendaciones personales que distinguían al Almirante. Formaron, pues, una especie de facción aristocrática en la colonia, afectando considerar á Colon y su familia como meros mercenarios y extranjeros alzados del poivo de la tierra, que estaban labrando su fortuna á expensas de los trabajos y sufrimientos de la generalidad y con la degradación de los hidalgos y caballeros españoles.

A más de estos partidarios tenía Margarite un aliado poderoso en su paisano el P. Boil, cabeza de la comunidad religiosa, miembro del consejo, y vicario apostólico del Nuevo-Mundo. No es fácil penetrar la causa primitiva de la hostilidad de este santo religioso contra el Almirante, que trataba siempre al clero con el mayor respeto: pero lo cierto es que habían tenido los dos varios altercados. Dicen algunos que quiso intervenir el fraile en las estrictas medidas que juzgaba el Almirante necesarias para la seguridad de la colonia; otros que se resintió del ultraje recibido por él y por su comunidad, puestos á media ración como la demás gente. De todos modos se echa de ver, que le disgustó el empleo que la colonia le ofrecía, y que se acordaba con dolor de los alicientes y sibirismo del Nuevo-Mundo. Carecía de aquel celo entusiasta, y de aquella devoción, desinterés y perseverancia que indujo á tantos misioneros españoles á soportar todos los trabajos y privaciones del Nuevo-Mundo, esperando convertir á la verdadera fé sus habitantes.

Animado y robustecido por tan poderoso apoyo, empezó Margarite á considerarse real y verdaderamente superior á todas las autoridades de la isla.

Cuando pasaba á Isabela, se desentendía absolutamente de D. Diego Colon, no hacia caso del consejo, y se conducía como si no tuviese superior. Constituyó en una sociedad secreta á los más implacables enemigos de Colon, y á los que más sentían permanecer en la colonia. El P. Boil era entre todos el agitador más activo. Se resolvió entre los cabecillas apoderarse de los buques que D. Bartolomé Colon había traído, y regresar á España. Como Margarite y el P. Boil poseían el favor del rey, creían que les sería fácil justificar su abandono del mando militar y religioso que ejercían, cobonestándolo bajo pretextos del bien público. Al llegar á España, pintarían al rey el desastroso estado del país, á causa de la tiranía y opresión de sus gobernantes. Algunos atribuyeron la repentina partida de Margarite al miedo de que hiciese el Almirante á su vuelta una severa investigación militar de la conducta que había observado; otros, á haber contraído en el discurso de sus licenciosos amores cierta enfermedad desconocida aun á los europeos, que la creían hija del clima, y fácil de curar en España. Como quiera, lo cierto es que tomó sus providencias del modo más precipitado, sin consultar autoridad alguna, ni acordarse de las consecuencias de su partida. Acompañados de una turba de descontentos, Margarite y el P. Boil se apoderaron de algunos de los buques del puerto, y se hicieron á la vela para España, dando así vergonzoso ejemplo de la deserción de sus puestos, el primer general, y el primer apóstol del Nuevo-Mundo.

### CAPITULO III.

#### ENCUENTROS CON LOS NATURALES.—ALONSO DE OJEDA ASEDIADO POR CAONABO.

(1494.)

La salida de Pedro Margarite dejó al ejército sin cabeza, y puso fin á la poca unidad y disciplina que quedaban. No hay plaga comparable á la soldadesca, abandonada á sí misma en un país inerme. Andaban pues errantes en bandadas ó solos, sin más guía que su capricho, repartiéndose por las poblaciones indias, y entregándose á todos los excesos que les sugería su avaricia ó su concupiscencia. Los naturales, indignados al ver tan mal recompensada su hospitalidad, se negaron á darles sucesivamente provisiones. Pronto empezaron los españoles á sentir la dureza del hambre, y apoderarse de los comestibles que hallaban, acompañando estos latrocinios con actos de la más feroz violencia. Una serie no interrumpida de vergonzosos ultrajes encendió el resentimiento de aquellos hombres bondadosos y apacibles, y de generosos huéspedes se convirtieron en encarnizados enemigos. Todas las precauciones de Colon se despreciaron; todos los males que había previsto se hicieron sentir. Aunque los indios, naturalmente tímidos, no osaban acometer á los españoles mientras conservaban estos su disciplina y fuerza combinada, tomaban sangrienta venganza cuando los veían en pequeñas partidas, ó separados individualmente, vagando en busca de alimentos. Animados por estos pequeños triunfos y la impunidad con que los conseguían, sus hostilidades se aumentaron sucesivamente. Guatiguana, cacique de una populosa ciudad situada en las márgenes del gran río de la Vega, y feudatario de Guarionex, dió muerte á diez españoles que se habían alojado en su población, y atropellado á los naturales con actos de libertinaje y vandalismo, y para colmo de horror y carnicería incendió una casa en que se albergaban cuarenta españoles enfermos. Enorgullecido con el buen éxito de semejante atentado, amenazó atacar un pequeño fuerte recién erigido, llamado la Magdalena, obligando á su gobernador Luis de Arriaga, que tenía una guarnición muy dé-

bil, á encerrarse dentro de los muros hasta recibir socorros de Isabela.

Pero el más formidable enemigo de los españoles era Caonabo, el cacique caribe de Maguano, el mismo que había sorprendido y asesinado la guarnición de la Navidad. Estaba dotado de natural talento para la guerra, y de una inteligencia superior á la que suele caracterizar la vida salvaje. Tenía para acometer atrevidas empresas un ánimo incansable y audaz, el apoyo de tres valientes hermanos y la ciega obediencia de una tribu numerosa. Siempre había visto con repugnancia la permanencia de los blancos en la isla: pero hasta que vió el fuerte de Santo Tomás, levantado en el centro mismo de sus dominios, no subió su indignación á su mayor punto. En tanto que se hallaba el ejército en la Vega, se abstuvo de llegar á las manos con los enemigos: pero cuando á la salida de Margarite se dispersaron sus gentes, le pareció tiempo de dar un golpe decisivo. Quedaba aislada la fortaleza con una guarnición de solo cincuenta hombres. Por medio de un movimiento secreto y repentino podía someterlos, y dar una segunda edición de las sangrientas bacanales de la Navidad.

Pero el sagaz cacique tenía que habérselas con un enemigo muy distinto del gobernador de Santo Tomás. Alonso de Ojeda, educado en las guerras moriscas, conocía á fondo toda clase de estratagemas, emboscadas, ataques falsos y asaltos de los salvajes. Poseía un valor indómito, casi fabuloso, hijo en parte del calor y violencia natural de su temperamento, y en parte de la superstición religiosa. Había hecho la guerra á los moros y á los indios; se había batido en batallas campales y en combates de hombre á hombre, en feudos y pendencias, y en toda especie de encuentros á que le inclinaban un ánimo fiero é inflamable, y el amor de las aventuras; sin que en tantos lances peligrosos hubiese jamás recibido herida ni contusión alguna. Considerábase por lo mismo invulnerable como Aquiles, y creía estar bajo la especial protección de la Virgen María. Llevaba siempre consigo, á manera de talisman religioso, una estampa de la Virgen que le había dado su patron Fonseca, obispo á la sazón de Badajoz. Jamás abandonaba esta imagen, ni en la población ni en el campo, haciéndola objeto de rezos y oraciones frecuentes. En las ciudades y campamentos la suspendía de su tienda ó de su sala; en sus arriesgadas expediciones por los desiertos la llevaba en la manta; y cuando la ocasión se lo permitía la fijaba en un árbol, y la rezaba una salva como á su patrona militar. En una palabra, juraba por la Virgen; la invocaba lo mismo en el campo de batalla, que en las bulliciosas querrelas; y seguro de su favor, se hallaba siempre dispuesto á toda clase de empresas y aventuras. Tal era Alonso de Ojeda: supersticioso en sus devociones, sin miedo á la muerte, de espíritu indomable, como muchos de los caballeros aventureros españoles de aquellos tiempos. Aunque de pobre estatura, estaba dotado de extraordinaria fuerza y arrojo; y las crónicas de los primeros descubrimientos relatan maravillas de su valor y proezas.

Habiendo reconocido el fuerte, juntó Caonabo diez mil guerreros, armados de clavos, arcos, flechas y lanzas templadas al fuego; y abriéndose camino silenciosamente por los bosques, se apareció á deshora por aquellos contornos, esperando sorprender la guarnición en un estado de completo abandono. Pero vió que estaban las fuerzas de Ojeda cautamente formadas dentro de la torre, la cual, construida en una eminencia casi aislada, con un río que defendía la mayor parte de su circuito, y cercado de un profundo foso, era inaccesible á los ataques de sus desnudos guerreros.

Burlado en su intención esperaba Caonabo tomar la fortaleza por hambre. Desplegó al efecto su ejército por los bosques adyacentes, y ocupó todos los desfila-

deros con el objeto de interceptar las provisiones que pudiesen traer los indios, y acometer las partidas que saliesen del fuerte. Este sitio ó bloqueo duró treinta días, durante los cuales, la guarnición se vió reducida á la mayor estrechez. Existe aun una anécdota tradicional que cuenta Oviedo de Pedro Margarite, primer gobernador de Santo Tomás, pero que se puede atribuir con más probabilidad á Alonso de Ojeda, por haber ocurrido en este asedio. Cuando la mayor carestía apuraba á la guarnición, pudo un indio llegar hasta el fuerte con un par de palomas silvestres para la mesa de su comandante. Se hallaba este en un cuarto de la torre, en compañía de varios oficiales. Observando que estos miraban á las palomas con ojos ávidos: «Es lástima, dijo, que no haya aquí bastante para darnos á todos una comida; en cuanto á mí, no consentiré en regalarme mientras los demás tienen hambre;» y esto diciendo soltó á las palomas por una ventana de la torre.

En este sitio desplegó Ojeda tanta actividad y presencia de espíritu como abundancia de recursos. Burló todas las artes del caudillo caribe, ideando las más ingeniosas estratagemas para aliviar la guarnición y dañar al enemigo. Hizo desesperadas salidas cuando presentaban los indios grandes fuerzas, siendo siempre el primero de la vanguardia, con aquel valor ciego que tanto le distinguía; á muchos dió muerte con su propia mano, y siempre salió ileso, como se ha dicho, de entre espesas lluvias de flechas y saetas.

Caonabo vió perecer la flor de sus intrépidos guerreros. Sus fuerzas se menoscababan diariamente; porque los indios, no acostumbrados á aquellas lentas operaciones de la guerra, se cansaban del sitio, y muchos se dispersaban, y regresaban diariamente centenares de ellos á sus casas. Abandonó, pues, la fortaleza, retirándose asombrado de las hazañas de Alonso de Ojeda.

Pero no abatido el intrépido cacique con el mal éxito de esta empresa, meditó planes más vastos y decisivos. Expiando secretamente las cercanías de Isabela, se enteró á fondo de la debilidad de la colonia. Supo que muchos de sus habitantes se hallaban enfermos y que los que podían manejar las armas estaban ocupados en varias comisiones fuera del establecimiento. Entonces concibió el proyecto de formar una liga general entre los caciques, de reunir sus fuerzas, sorprender la colonia y acabar con ella y con los españoles, donde quiera que los encontrase. El exterminio de aquel puñado de usurpadores bastaba, en su sentir, para librar á la isla de todo ataque sucesivo; no imaginando cuán desesperada para él era la lucha, é ignorando que donde llega á poner el pie el hombre civilizado, sucumbe necesariamente el poder de los salvajes.

Habían circulado por toda la isla rumores acerca de la licenciosa conducta de los españoles, los que inspiraron contra estos hasta la aversión de las tribus que jamás los habían visto ni sufrido sus excesos. Caonabo supo que tres de los caciques soberanos se hallaban inclinados á cooperar á sus planes, aunque temían excesivamente el poder sobrenatural de los españoles y sus aterradoras armas y animales. La liga, empero, halló una oposición inesperada en el quinto cacique Guacanagarí, soberano de Marien. Su conducta en los instantes de peligro acabó de poner en completa evidencia la injusticia de las sospechas que contra él habían concebido los españoles. Se negó á unir sus fuerzas á las de los otros caciques, y á violar las leyes de hospitalidad que le obligaban á proteger y ayudar á los blancos desde que naufragaron en sus costas. Permaneció, pues, tranquilo en sus dominios, manteniendo á sus espensas cien soldados enfermos, cuyas necesidades satisfacía con su acostumbrada generosidad. Esta conducta le acarreo

el odio de los demás caciques, particularmente del feroz Caonabo y de su cuñado Behechio quienes invadieron su territorio y le hicieron muchas injurias, Behechio mató á una de sus mujeres, y Caonabo se llevó á otra cautiva. Pero nada pudo entibiar la fé de Guacanagarí para con los españoles; y como sus dominios estaban inmediatos á la colonia, y los de algunos de los otros caciques lejos de ella, la falta de su cooperaci6n fue una constante rémora á los desiguos de los confederados.

Tal era la posicion crítica á que estaban reducidos los negocios de la colonia, tales los gérmenes y hostilidad que se sembraron entre los dóciles isleños durante la ausencia de Colon, solo por haber violado las órdenes de este. Margarite y el padre Boil se habian apresurado á llegar á España, para hacer una falsa pintura de la miseria de la isla. Si hubieran permanecido fielmente en sus puestos, y cumplido con el debido celo sus deberes, se habrian fácilmente remediado aquellas miserias, ó quizá prevenidose del todo.

#### CAPITULO IV.

##### MEDIDAS DE COLON PARA RESTABLECER LA TRANQUILIDAD EN LA ISLA. — EXPEDICION DE OJEDA CON EL DISEÑO DE SORPRENDER Á CAONABO.

(1494.)

INMEDIATAMENTE despues de la vuelta de Colon á Cuba, mientras se hallaba aun indispuerto y en cama, recibió una visita voluntaria de Guacanagarí. Aquel bondadoso caudillo manifestó mucho sentimiento por su enfermedad; conservándose siempre, al parecer, muy afectuoso y reverente con el Almirante. Habló de nuevo con lágrimas en los ojos del asesinato de la Navidad, y se empeñó mucho en manifestar sus esfuerzos para librar á los españoles. Informó á Colon de la liga secreta en que se habian unido los caciques, de la persecucion que él habia sufrido por oponerse á ella, de la muerte de una de sus mujeres, y del rapto de la otra. Aconsejó al Almirante que estuviese siempre alerta contra las maquinaciones de Caonabo, y ofreció salir con sus súbditos al campo y pelear al lado de los españoles, no solo para cumplir con los deberes que le imponia la amistad, sino que tambien para vengar sus propios ultrajes.

Colon conservaba siempre una gratitud profunda por la antigua bondad de Guacanagarí, y le repugnaba dudar de su fé y de su amistad; por lo que se llenó de regocijo viendo todas las sospechas tan eficazmente desvanecidas. Se renovó, pues, entre los dos el amistoso trato de otro tiempo, con esta diferencia, que el hombre á quien Guacanagarí habia socorrido como náufrago en sus costas, se hallaba convertido súbitamente en árbitro de su suerte y de la de todos sus compatriotas.

El modo con que aquella pacífica isla se habia exasperado á consecuencia de la conducta licenciosa de los europeos, impresionó profundamente á Colon, quien vio frustrados todos sus planes para proporcionar á los monarcas una renta pronta y permanente. El restablecimiento de la paz en la isla reclamaba mucha habilidad y vigor. Sus fuerzas eran cortas, y la veneracion y temor con que los naturales habian mirado á sus gentes, como bajadas del cielo, se habian debilitado considerablemente. Estaba demasiado enfermo para tomar personalmente parte en ninguna empresa militar: su hermano Diego no era de carácter belicoso, y Bartolomé no conocido aun entre los españoles era mirado con rivalidad por los gefes. Colon consideraba aun en embrion la combinacion de los caciques; confiaba en su falta de habilidad y experiencia en la guerra, y esperaba que por medio de prontas medidas, castigando á unos, reconciliándose

con otros, y asociando la fuerza á la suavidad y la estrategia, conseguiria conjurar la tormenta.

Fue su primera disposicion reforzar la guarnicion del fuerte de la Magdalena, cuya destruccion intentaba Guatiguana, el cacique del Gran Río, asesino de los españoles albergados en su ciudad. Socorrido el fuerte, salieron las tropas por los territorios de Guatiguana, matando muchos de sus guerreros, y llevándose otros cautivos, pudiendo solamente escaparse el cacique. Era tributario de Guarionex, soberano de la Vega-Real, cuya amistad era importantísima para la prosperidad de la colonia, pues reinaba en un dilatado y populoso territorio, al paso que debia temerse su aversion á consecuencia de la desenfrenada conducta de los españoles que habian vejado sus dominios. Colon le hizo comparecer á su presencia, y le manifestó que los excesos de que tan justamente se quejaba, se habian cometido en violacion de sus órdenes y contra sus buenas intenciones respecto á los indios, á quienes deseaba agradar y complacer. Le manifestó tambien que la expedicion contra Guatiguana debia tomarla como un acto de un mero castigo individual, y no dirigido contra los territorios de Guarionex. El cacique era de buena condicion y apacible carácter, y su rencor se aplacaba fácilmente. Para relacionarlo en cierto modo con los españoles, le pidió Colon que diese su hija en matrimonio á un intérprete indio, natural de las islas Lucayas; que habia estado en España, y recibido en Barcelona el agua del bautismo tomando el nombre de Diego Colon (1).

Tomó otra medida mas trascendental todavía para librarse de las hostilidades del cacique, y tranquilizar la importante region de la Vega, mandando erigir una fortaleza en medio de sus territorios, á que le puso fuerte de la Concepcion. Este dócil cacique consintió sin repugnancia esta medida en que iba envuelta su ruina y la futura esclavitud de todos los suyos. Pero faltaba inutilizar al mas formidable enemigo, á Caonabo, el genio marcial de la isla, el activo y audaz enemigo de los blancos, que con ideas superiores de política era muy capaz de urdir peligrosas cábalas y conspiraciones. Sus territorios que ocupaban la parte central y montañosa de la isla, eran de difícil acceso frágos por las encumbradas rocas, espesas selvas y frecuentes y caudalosos rios. Combatir á aquel astuto y feroz caudillo en medio de sus salvajes y en el mismo corazón del país, donde á cada paso habria peligro de caer en una celada, era obra muy larga, muy peligrosa y de muy incierto éxito. Se hallaba Colon abrumado bajo el peso de estos pensamientos, cuando le sacó de su perplejidad una osada proposicion de Alonso de Ojeda, que se ofreció á apoderarse por medio de un ardido del gefe caribe, y entregárselo vivo en sus manos. El proyecto era tan audaz como novelesco, propio solamente del impávido corazón de Ojeda, que se complacia en distinguirse por medio de las mas extraordinarias proezas y hechos de un valor desesperado.

Escogió diez valientes y fuertes compañeros, bien armados y montados, é invocando como de costumbre la proteccion de su patrona la Virgen, que era su constante salvaguardia, se lanzó Ojeda á los bosques, abriéndose por entre los bejucales mas de sesenta leguas de camino que tuvo que andar para llegar al territorio de Caonabo, donde halló al cacique en una de sus mas populosas ciudades. Se acercó Ojeda á Caonabo con mucha deferencia y respeto, tratándolo como á príncipe soberano. Le dijo que venia en amistosa embajada de parte del Almirante, que era Guami-

(1) Pedro Mártir, d. i. l. iv. Gio Battista Sportono, en su memoria de Colon, ha cometido un error en que le hizo incurrir el nombre de este indio, al observar que tenia Colon un hermano llamado Diego, de quien parecia avergonzarse, y al que caso con la hija de un gefe indio.

quina, ó gefe de los españoles, quien le enviaba un regalo de incomparable valor.

Caonabo habia visto á Ojeda en los combates, y testigo de sus proezas, habia concebido hácia él la admiracion de un guerrero. Le recibió con cierta especie de caballerosa cortesía, si tal frase puede aplicarse á la salvaje y ruda hospitalidad de un héroe de las selvas. El franco continente, la mucha fuerza personal, la admirable destreza y agilidad de Ojeda en todos los ejercicios varoniles y en el manejo de todas las armas, eran cualidades propias para cautivar el ánimo de un salvaje, y pronto le grangearon las simpatías de Caonabo.

Ojeda empleó todo su influjo para persuadir al cacique á hacer un viaje á Isabela, con objeto de tratar con Colon, y hacerse aliado y amigo de los españoles. Se dice que le ofreció para atraerla la campana de la capilla de Isabela, que era la admiracion de la isla. Cuando oian los indios esparcirse su melodía por las selvas y bosques para tocar á misa y veian á los españoles dirigirse á la capilla, se figuraban que la campana hablaba y que la obedecian los blancos. Con el mismo sentimiento supersticioso con que miraban todos los objetos de los españoles, creian que era cosa sobrenatural la campana, y decian de ella en su frase acostumbrada, *turey* ó venida del cielo. Caonabo que habia oido desde lejos aquel maravilloso instrumento durante sus descubiertas secretas al rededor de la ciudad, deseaba verlo; y al ofrecérsele como símbolo de paz, no pudo resistir la tentacion.

Convino pues el cacique en ir á Isabela; mas cuando llegó el momento perentorio de la partida, vió Ojeda con sorpresa una multitud de guerreros dispuestos á marchar con él. Preguntó por qué motivo se llevaba tan grande ejército para una amistosa visita; á lo que contestó el altanero cacique, que no era propio de un príncipe tan grande como él ir á parte alguna con escasa comitiva. No satisfizo á Ojeda esta réplica, conocia el carácter bélico de Caonabo, y su astucia, alma de la guerra india; temia por lo tanto algun designio siniestro, y que el caudillo meditase sorprender la fortaleza de Isabela, ó cometer algun atentado contra la persona del Almirante. Sabia tambien que Colon deseaba hacer la paz con el cacique, ó apoderarse de su persona sin recurrir á una guerra abierta. Se valió pues de una estratagema, que tiene apariencia de fábula y novela, pero que con triviales variaciones la recuerdan todos los historiadores contemporáneos, asegurando Las-Casas que circulaba con absoluto crédito en la isla cuando él llegó á ella, unos seis años despues del suceso. Tambien concuerda con el osado y raro carácter del hombre á quien se atribuye, y con las singulares hazañas de la guerra india.

En el discurso de la marcha, habiendo hecho alto cerca del rio Jegua, sacando Ojeda un juego de espesas de acero tan perfectamente bruñidas que parecian de plata, dijo á Caonabo, que eran ornamentos régios que habian venido del cielo, ó del *turey* de Vizcaya; que las llevaban los monarcas de Castilla para los bailes solemnes y otras grandes ceremonias, y estaban destinadas para regalárselas al cacique. Propuso que se fuese Caonabo á bañar con él al rio, para decorarle en seguida con aquellos adornos, montar en el caballo de Ojeda, y volver con la pompa del rey de España á sorprender y admirar á sus súbditos. El cacique, que á fuer de salvaje, se entusiasmaba delante de los adornos relumbrantes, quedó embelesado al ver aquellos y á mas halagado su orgulloso espíritu militar con la idea de cabalgar en uno de aquellos tremendos animales que sus compatriotas respetaban tanto. Acompañó á Ojeda y su gente al rio, llevando pocos indios consigo, pues nada podia temer de nueve ó diez extranjeros rodeados de todo su ejército. Despues que se hubo bañado, le ayudaron á subir

detras de Ojeda á las ancas de su caballo, y le pusieron las esposas. Despues de esta operacion, salieron galopando por entre los salvajes, que vieron admirados con tan resplandecientes galas al cacique, y montado en uno de aquellos temibles animales. Ojeda dió varias vueltas por el campo para ganar terreno, seguido por su pequeña banda de caballeros, de quienes se separaban precipitadamente los amedrentados indios. Al fin llegó á penetrar por la floresta en uno de los llanos, y cuando le ocultaban bien los árboles, se agruparon al rededor suyo sus compañeros, desnudaron las espadas, y amenazaron á Caonabo con la muerte si hacia la menor resistencia ó el menor ruido, aunque las esposas le impedian moverse ó resistir. Le asieron del mismo Ojeda con cuerdas para que no se cayese, ó pudiese evadirse de cualquier otro modo; y aguijando á los caballos, se lanzaron al Jegua con su presa, y se internaron en los bosques.

Tenian que atravesar para llegar á Isabela cincuenta ó sesenta leguas de desiertos, y algunas ciudades indias. Ya estaba el prisionero imposibilitado por la distancia de recibir socorro de los suyos, pero se requería la mayor vigilancia para que no pudiera evadirse en aquel largo y trabajoso viaje, y para evitar la hostilidad de los caciques confederados. Tenian que huir de los lugares mas populosos, y que pasar á galope tendido por las ciudades. Sufrieron mucha fatiga, hambre y sueño, allanaron grandes dificultades, arrojaron inminentes peligros, atravesaron á nado nnmerosos rios, lucharon con los obstáculos de espesas selvas y encumbradas rocas, pero llevaron felizmente á cabo su empresa, y entró Ojeda triunfante en la colonia con el guerrero indio cautivo y atado al rededor de su cuerpo.

No pudo menos Colon de expresar grande satisfaccion al ver en sus manos á tan peligroso enemigo. El caribe se presentó á él con orgullo rehusando atraerse con la sumision su agrado, y detener la venganza que le amenazaba por haber derramado la sangre de los blancos. Jamas se dobó en el cautiverio su alma de hierro; aunque completamente á la merced de los españoles, manifestó siempre aquella sangre fria provocativa que caracteriza el heroísmo indio, y que lo mantiene el salvaje delante de sus opresores acostado en un potr6 ó en un lecho de fuego. Blasonaba de haber sorprendido y quemado el fuerte de la Navidad, y dado á su guarnicion la muerte; añadiendo que su reconocimiento alrededor de Isabela tenia por objeto descargar sobre ella la misma furia desoladora.

Colon, aunque sorprendido del heroísmo de aquel guerrero indomable, le consideró enemigo peligroso, á quien por el bien de la isla era necesario poner en buen recaudo. Determinó enviarlo á España y mandó que se le tratase con bondad y respeto en un cuarto de su misma casa, donde le tenia, sin embargo, encadenado, probablemente con las bruñidas esposas que habian servido de cimbel para hacerle caer en el lazo. Esta precaucion debió haber sido necesaria por la poca seguridad de la cárcel; pues observa Las-Casas, que por no ser espaciosa ni tener muchas habitaciones la casa del Almirante se veia desde el portal al cautivo gefe.

Caonabo se mantuvo siempre altivo delante de Colon, al paso que no manifestó nunca el menor rencor á Ojeda por la estratagema de que se valió para prenderle. Esta misma circunstancia aumentaba su admiracion, calificando de ingeniosa hazaña la de haberle encadenado y arrancado de en medio de sus huestes. Nada admira mas á un indio en la guerra, que una estratagema bien urdida y bien ejecutada.

Acostumbraba Colon conducirse con mucha dignidad como Virey y Almirante que era, y exigia mucho respeto personal. Cuando entraba en la sala que estaba Caonabo aprisionado, se levantaban, como es